

## LA COMPAÑÍA NACIONAL DE TEATRO

*(Conferencia sustentada en el Centro Universitario de Teatro  
el día 17 de marzo de 1971.)*

Entre la gente de teatro, el asunto de una compañía oficial de repertorio se presta ya a burletas y pocos son los que toman en serio el asunto, debido a que tantas y tantas veces se ha repetido que “sería muy conveniente formarla”, o “que ya se va a formar”, o que “ya Fulano cuenta con la aprobación oficial”, y nunca se han visto realizados esos rumores, que ahora cuando se toca el tema se ve con indiferencia, con poca o mala fe y hasta con desprecio. ¿Cuántos años luchó el desaparecido director teatral Seki Sano para que esa compañía se formase? ¿Cuántos funcionarios públicos le prometieron que se realizaría su sueño? Y el gran bohemio japonés, que entregó su vida y sus conocimientos a México, murió sin que la compañía de repertorio existiese. Otro hombre de teatro y para el teatro, también desaparecido, don Celestino Gorostiza, intentó desde los puestos oficiales que llegó a ocupar la formación de una utópica compañía y hasta llegó a realizarla con el pomposo y nada original nombre de “Comedia Mexicana”. Incluso llegó a inaugurar un teatro, también desaparecido ante el escaso interés de las autoridades y ante el nulo cumplimiento de la ley que indica que ningún teatro debe desaparecer si no se construye otro. Ese teatro fue el llamado precisamente, De la Comedia, en las calles de Villalongín, el cual estaba tan mal construido que desde el primer aguacero que cayó en plena función, se tuvo que hacer uso del paraguas dentro de la sala. Las buenas intenciones de Celestino Gorostiza se vinieron abajo a los pocos meses. Años antes Salvador Novo también quiso formar la mentada compañía y casi lo consiguió con su Teatro Ulises, pero la indiferencia oficial y pública hizo que se disolviera el grupo. Retrocedamos más aún y preguntémosnos si la compañía de las hermanitas Blanch en el viejo Teatro Ideal, llamado “La Casa de la Risa”, allá por la década de los veintes, quizá haya sido una verdadera compañía de repertorio. Eran siempre los mismos actores y estrenaban una comedia a la semana, repitiendo

aquellas que habían alcanzado buen éxito. Las hermanas Blanch no pidieron subsidios de ninguna clase y sin embargo lograron el sueño dorado de todas las personas de teatro que han pasado a la historia, de la que están queriendo pasar y de la que seguramente llegarán con la misma idea.

Ya puestos a retroceder en el tiempo, podemos hacerlo más aún, hasta los años de 1866 y 67, cuando reinaba entre nosotros el emperador que Napoleón III nos envió generosamente para que nos civilizara. Maximiliano I, gran amante del teatro ya que no podía serlo de su esposa, fundó en 1865 el teatro de corte en Palacio y llamó para dirigirlo a una de las glorias de la literatura romántica española, don José Zorrilla. Más tarde, quiso formar una compañía imperial de teatro, entusiasmado ante esa idea que le llevó el dramaturgo y novelista mexicano don Juan A. Mateos. Pero el emperador quiso ir más lejos y pensó que ya existía la mejor compañía de repertorio en el mundo, que era la Comedia Francesa, y lo más sensato sería formar la de México exactamente igual a aquélla. Mateos se entusiasmó con los pensamientos de Maximiliano y de inmediato se escribió a Francia pidiendo los estatutos y cuanto material pudiese enviar la ilustre compañía para formar la nuestra. Los acontecimientos impidieron que se llevase a efecto la idea imperial, como todas las que quiso hacer Maximiliano, quien empedró una importante avenida del infierno con sus buenas intenciones. En nuestros días, funcionan dos pequeñas compañías de repertorio, ambas subsidiadas. La de la Dirección de Acción Social del Departamento del D. F., y la de la Universidad Nacional Autónoma de México, pero ninguna de ellas tiene una proyección importante. La primera por dispersa, por no saber seguir una línea con la que el espectador pueda identificarse, y la segunda por no tener un repertorio propiamente dicho, sino experimentar constantemente con nuevas obras.

Tales son los antecedentes de los intentos y los logros que se han hecho en México. Vuelve a surgir el mismo desgastado tema, y volvemos a entusiasmarnos, y a reunirnos, y a hablar de él, y a intentar la formación de la Compañía Nacional de Teatro. ¿Formaremos parte de la historia que acabo de reseñar brevemente y pasaremos a formar parte de los ilusos bien intencionados que en el mundo han sido? Es lo más probable, y sin embargo aquí

estamos, que es como repetir aquella vieja y graciosa frase de un novelista incipiente: “Era de noche y sin embargo llovía”. Es de noche para nuestro entusiasmo porque andamos perdidos en la obscuridad de la impotencia y del desprecio con que oficialmente se mira al teatro, y sin embargo llueve, y la prueba de ello es que aquí estamos otra vez, como nuestros imperialistas abuelos, como nuestros revolucionarios padres y como estarán nuestros socialistas hijos.

De nueva cuenta los entusiastas queremos formar una Compañía Nacional de Teatro. Pedimos, exigimos que se forme, y quizá nuestros gritos en el desierto sean escuchados y se nos envíe una cantimplora. Con eso se conforma el sediento para seguir andando. Pero a pesar de que estamos en el desierto y sedientos, tenemos dignidad y no nos conformamos con una cantimplora de latón abollada y sucia. La queremos de cristal cortado, envuelta en celofán, con moños de colores y conteniendo vino del Rhin en lugar de agua. Creo que tenemos derecho a que nos la den después de más de cien años de pedirla. Porque somos los mismos de 1865, de 1920 y de 1950. En el teatro lo único que cambian son los rostros, pero los espíritus son siempre los mismos.

Vamos a suponer por un momento. Vamos a seguir soñando despiertos. Vamos a forjarnos ilusiones. Vamos a creer que al fin la Revolución le va a hacer justicia al teatro. Vamos a hacernos la idea de que las autoridades ya aprobaron la iniciativa para que se cree la Compañía Nacional de Teatro. Después de todo, nada nos cuesta soñar y por un rato nos sentiremos muy importantes discutiendo sobre algo que no existe. Si hablamos de teatro las veinticuatro horas del día, y podemos estarnos en un café hasta las cinco de la mañana tratando de probar que Ionesco es mejor autor que Arrabal, que Carmen Montejo es mejor que Amparo Rivelles, o que Landeta está animado de buenas intenciones como empresario, bien podemos dedicar unos minutos a forjarnos la ilusión de que la Compañía Nacional de Teatro ya está formada. Anímense a creer en lo imposible y entren conmigo a la dimensión desconocida.

Ya tenemos (supongamos) el presupuesto oficial graciosamente donado y el talonario de cheques del Banco de México. Sólo falta echar a andar la flamante compañía. Y surge la primera te-

rible interrogante: ¿cómo vamos a hacerlo? Aparentemente es muy sencillo, pero si analizamos un poco veremos que el camino está lleno de trampas. Si nos precipitamos, nos puede suceder lo que a los dirigentes de la gloriosa época del Seguro Social, organismo que estuvo a punto, en el sexenio 1958-64, de formar una auténtica compañía de repertorio, sólo que los gastos fueron superiores a cualquier buena intención y un nuevo régimen cerró la llave del chorro de oro. Nadie pone en duda la buena fe y la honradez de quienes manejaron aquella temporada y aquellos hermosos teatros, y sólo les reprochamos el haberse enloquecido de placer al poder realizar los más caros anhelos de todo director o productor. Con lo que se gastó en *La tempestad*, o en *Romeo y Julieta* o en *Peer Gynt*, se podían haber hecho treinta obras más modestas y más efectivas. Luego entonces tengamos cuidado de no gastar la pólvora en infiernos.

Sigamos adelante ahora que ya sabemos que debemos ser cautos. Pensemos en el elemento humano con el que vamos a contar, es decir, con los actores, esa raza especial cuyos genes vinieron de otra galaxia. Si queremos enloquecer, contrataremos a los más cotizados actores, los que no siempre son los mejores debido a esta escala de falsos valores que el cine y la televisión han lanzado al mercado de consumo. Existen en México muchos y muy buenos actores que no han sufrido la inflación monetaria, que no tienen continuos compromisos que cumplir ante las cámaras de cine o de *video-tape*, que no exigen que su nombre vaya por arriba del autor y deba ser escrito en el firmamento con luces de colores, que no imponen a sus corifeos en pequeños papeles, ni que pretenden cobrar diariamente "las perlas de la Virgen".

Esos actores a los que me refiero son tan buenos como los que se sienten logrados sólo porque las niñas cursis les piden su autógrafa a la salida de Televisión, y quizá mejores porque están deseosos de mostrar su talento; se conformarán de buen grado con un sueldo decoroso que les permita vivir del y para el teatro, sin un Mustang a la puerta, pero sí con un Volkswagen y con la tranquilidad de que su esposa y sus hijos, o su madre, o él solo, tienen aseguradas las tres comidas al día siguiente; que están dispuestos a dedicar todas las horas del día a su trabajo con lo más valioso que tienen para ofrecer, o sea su entusiasmo y su amor

por su carrera. Estos elementos existen por docenas, todos los conocemos y ellos son los indicados para formar parte de la Compañía Nacional de Teatro. Porque es necesario sentar una premisa que es ya muy clara en nuestro movimiento teatral: el público ya no asiste al teatro para ver a tal o cual figura, sino que asiste cuando la obra que se le presenta es atractiva. Llevar nombres famosos puede ser una garantía para arrancar la comedia, pero una vez que ésta gusta, ya pueden entrar en lugar de las figuras unos solemnes desconocidos, que los espectadores seguirán asistiendo. La Compañía Nacional de Teatro, pues, quizá vea en los primeros días su sala semivacia, pero como está segura que la obra que presenta es buena y que gustará, lo único que tendrá que hacer es esperar un poco; el público llegará por sí solo.

Ya estamos conscientes de que no vamos a gastar el dinero en superproducciones de escenografías mamutescas y de vestuarios de exquisitos modistas, y también lo estamos de que vamos a contratar a nuevos elementos igual de valiosos que los primeros nombres en los que pensamos. Pasemos ahora al punto clave de nuestra compañía: ¿qué obras vamos a representar? Y es aquí donde jamás nos pondremos de acuerdo, porque cada quien tiene sus propias ideas al respecto. Es claro que se montarán las obras que decida el director o encargado de la compañía, ¿pero andará acertado en su elección? Caemos de nuevo en las buenas intenciones, tan repetidas a lo largo de esta conferencia también muy bien intencionada. Pero considero que el infierno ya está harto de nuestros pedruscos y seguramente nos los aventará a la cabeza. No se trata ahora, a estas alturas, de quedarnos sólo con las buenas intenciones y que así nos juzgue la posteridad. Debemos darles forma, y lograrlas, y cumplirlas con la función primordial para la que fue instituida esta compañía nacional: la de incorporar el pueblo al teatro.

¿Va a ser la utópica Compañía Nacional de Teatro un organismo para el pueblo o para nosotros los que presumimos falsamente de intelectuales? Nosotros estamos más lejos del pueblo mexicano que la Isla de Formosa o que las páginas de sociales. Creemos, en nuestra gigantesca vanidad, que el pueblo lo formamos nosotros o que somos parte de él, y nada es más alejado de la verdad que semejante pensamiento. A nosotros nos gusta Mozart

o Honegger, al pueblo le gusta Agustín Lara y Manzanero; leemos a Kant y a García Márquez mientras el pueblo lee a Yolanda Vargas Dulché y a Corín Tellado; vemos películas de Bergman o de Fellini y el pueblo ve al Santo y a Sor Yeyé; encendemos el televisor para ver documentales o viejas cintas de Eisenstein, y el pueblo lo enciende para ver a Paula Cusi o Saby Kamalich. No se trata de decir que somos los privilegiados ni de que el pueblo está atrasado. Se trata de plantear una verdad. Por eso vuelvo a preguntar: ¿vamos a utilizar nuestra Compañía Nacional de Teatro para nosotros, que somos menos del uno por ciento de la población de esta capital? Si la respuesta es afirmativa, entonces el repertorio que vamos a representar se compondrá de Shakespeare, de Calderón de la Barca, de Molière, de Racine, de Strindberg, de Ionesco y de Carlos Fuentes. Gozaremos con esas representaciones y aplaudiremos a rabiar, escribiremos crónicas que destilen mieles ditirámicas y diremos a los cuatro vientos que México está a la altura de cualquier capital del mundo porque cuenta con funciones de tan preclaros autores. Lo que no diremos, claro está, es que esas funciones sólo pueden durar quince días, ni que la sala de espectáculos se encontraba vacía excepto el día del estreno, ni mucho menos que el pueblo se enteró siquiera de la existencia de la Compañía Nacional de Teatro, o si hacemos una intensa campaña publicitaria en los diarios, podemos decir que se enteró, pero no podremos decir, por pudor, que le interesó lo más mínimo acercarse siquiera al teatro.

No, no, se me dirá, no se trata de eso. La Compañía Nacional de Teatro es para el pueblo y el pueblo debe acercarse a ella como los niños a Jesús. Muy bien, entonces permítanme contestarles haciendo un paráfrasis de las palabras de Jesús: “Dejad que el pueblo se acerque a mi teatro”. No lo alejemos con espectáculos que nada le dicen, ni le importan, ni le preocupan. Es lamentable que esto suceda, de acuerdo, pero no vamos a intentar tapar el sol con un dedo. Ya no se puede hacer en México más demagogia. El país ha rebasado ya los límites de su paciencia y está harto de mentiras. Encaremos la realidad por más desagradable que ésta sea, y en el caso que nos ocupa, digamos lo que todos sabemos, lo que todos palpamos a diario: que nuestro pueblo es ignorante porque nadie lo ha educado; que es ridículo poner a un niño

a leer a Aristóteles en lugar de Salgari. Si no afrontamos esta realidad, seguiremos jugando a la cultura, y creo que basta ya de juguetes y de torres de marfil.

¿Pretendo entonces que ensuciemos nuestra flamante Compañía Nacional de Teatro montando a Alfonso Paso o al Güero Castro? ¿Vamos a manchar nuestro recién pulido escenario con Ortiz de Pinedo, Óscar Pulido o la India María? ¿Vamos a trasladar las telenovelas al teatro? ¿O vamos a representar fotonovelas o páginas del Alarma? Es eso lo que le gusta al pueblo, y si vamos a ponernos a darle gusto, mejor no ver realizado el sueño de cinco generaciones que suspiraron por una compañía oficial de teatro. No, no pretendo todo lo anterior ni estoy tratando de hacer demagogia. Lo único que deseo fervientemente es que esa compañía perdure, viva, trabaje y, sobre todo, cumpla con una misión muy alta, como es la de enseñar al pueblo a ir al teatro, cosa que cuatrocientos cincuenta años después de la conquista aún no sabe hacer. Muéstrenme ustedes un mecánico, un albañil, una dependienta de tienda de ropa del centro, una sirvienta, un plomero, un mozo, un empleado de gasolinería, una puestera de La Merced o de la Viga, una afanadora de hospital, que conozca el interior del Palacio de Bellas Artes en día de función. Ojalá exista la excepción que confirme la regla, aunque no lo creo. Y ya no digamos el Palacio de Bellas Artes, sueño cumplido de don Porfirio, pero ni siquiera cualquier teatro de comedia. Si acaso habrán ido al Blanquita o al Lírico, que es como ver al Santo en el cine o a los Polivoces por televisión.

Muy loables los intentos que ha hecho el INBA con sus teatros trashumantes, pero en un jardín dominguero, entre gritos de infantes, silbatos de globeros, carcajadas de crudos y pregones de neveros, es difícil que el teatro cumpla su misión. Muy loable también lo que hace la Dirección de Acción Social en Chapultepec, con recitales poéticos, pero eso no es teatro. Y cuando tuvo la oportunidad de hacerlo, con el magnífico camión-teatro construido por López Mancera, el régimen cambió y con él los funcionarios, y ahora el camión permanece estacionado seguramente sirviendo de bodega. Todos los intentos han sido loables, pero no han pasado de intentos. Jamás se ha logrado el fin que se proponía y el pueblo sigue ignorando que existe algo que se llama

teatro, o lo confunde con las discoteques, con los clubes privados o con ese pequeño mundo tan extraño a él que aparece en las páginas de sociales. Piensa que el teatro es algo prohibido para él, algo inalcanzable al que sólo tienen acceso los ricos o los que han estudiado. Si en Grecia se hubiese pensado así, no tendríamos las obras de Eurípides, ni las de Aristófanes. Si en Praga ahora mismo se pensara de ese modo, no existirían más de trescientos espectáculos teatrales a la semana en una ciudad de novecientos mil habitantes.

Para apoyar un poco más lo que he venido sosteniendo en el sentido de que el pueblo está alejado de los intentos que se hacen para culturizarlo, tomemos como ejemplo a la Comisión de la Radiodifusión, organismo que se ha hecho cargo de ciertas horas en la televisión mexicana. ¿Quién puede dudar que sus dirigentes desean proyectar la cultura al pueblo? Nadie, sólo que también nadie les ha dicho, o les ha hecho ver, que pasando películas de Bergman, o de Eissenstein, o de Polanski, por muy laureadas que estén, por muy buenas que nos parezcan a nosotros, el uno por ciento de la población capitalina, por muy culturales que sean, el pueblo no las ve porque se aburre mortalmente al primer rollo. Hay muchas otras películas que podrían educar e ilustrar divirtiendo al público desde la televisión, sin necesidad de recurrir a las cinetecas formadas por intelectualoides. Para llegar a Bergman se necesita haber pasado antes por el Gordo y el Flaco, por Cecil B. de Mille, por Frank Capra y por muchos más. Así en el teatro: para llegar a Shakespeare, a Esquilo, a Calderón, a Ionesco y hasta a Molière, quien no es tan sencillo como parece y además ya no interesa a nadie, hay que pasar antes por Muñoz Seca, por Arniches, por Benavente, por Echegaray, por Manuel Eduardo de Gorostiza, por Peón Contreras y por Usigli.

No queremos que el pueblo mexicano sea culto de la noche a la mañana, porque no puede serlo. Para comprender la trigonometría se necesita antes saber usar la raíz cuadrada elemental. ¿Por qué vamos a exigir que al pueblo le guste lo que no comprende? Shakespeare fue el Homero de su época y por eso gustaba en el Teatro del Globo, independientemente de la belleza de sus versos. Lo mismo Molière. Y Goldoni. Y no se digan Eurípides y Sófocles. Les daban a su pueblo una realidad que estaban viviendo.

¿Por qué, entonces, queremos que el pueblo nuestro, tan alejado de esos mundos ya míticos, que no sienten, ni conocen, de pronto aplauda lo que fue válido para otros pueblos? Debemos darle algo con lo que se indentifique, que lo haga suyo, y por ende, lo asimile y lo comprenda. Necesitamos, pues, autores mexicanos que den al pueblo sobre un escenario sus problemas y la resolución de los mismos.

Por fortuna, los tenemos. Emilio Carballido es el autor de la mejor farsa que se ha escrito en México: *Te juro Juana que tengo ganas*, y tiene dos obras más que pueden y deben quedar de inmediato dentro del repertorio de la Compañía Nacional de Teatro: *Silencio pollos pelones* y *Yo también hablo de la rosa*. Cabe esperar, por otra parte, que Carballido produzca otras y aún mejores comedias que las ya citadas. Sergio Magaña tiene *Los signos del zodiaco*; Rodolfo Usigli tiene *El gesticulador*; Salvador Novo, *A ocho columnas*; Héctor Azar, *Olimpica*; Hugo Argüelles *Los cuervos están de luto* y *El tejedor de milagros*; González Caballero, *El medio pelo*; existe una hermosa pieza de Luisa Josefina Hernández titulada *La paz ficticia*, y si Héctor Mendoza actualizara *Las cosas simples*, sería una buena adquisición. Luis G. Basurto posee una obra excelente para nuestro propósito: *Cada quien su vida*. Wilberto Cantón, *Nocturno a Rosario* y *Todos somos Dios*. Rafael Solana su deliciosa comedia *Debiera haber obispos*. Jorge Ibarguengoitia su *Susana y los jóvenes* . . . y si de una primera revisión hemos sacado veinte obras, con un estudio más detenido podrían salir muchas más, las cuales entrarían en una labor selectiva con las ya citadas, puesto que una compañía de repertorio con veinte obras sería lo más respetable.

No cierro las puertas de nuestra compañía a los autores extranjeros, pero sus obras deberán estudiarse cuidadosamente antes de darles cabida y preferir siempre las producciones de los nuevos valores mexicanos que surjan con el tiempo. Una vez que la compañía haya ofrecido este teatro al pueblo, durante una generación, se podrá pensar en dosificar de cuando en cuando un *Otelo*, un *Alquimista*, un *Tartufo*, un *Rey Lear*, o quizá mejor *Los empeños de una casa*, de Sor Juana, o *La verdad sospechosa*, de Alarcón.

La compañía oficial deberá ser, como la Universidad, autó-

noma, es decir, que estará libre de la censura previa y posterior. No puede admitirse que cualquier sujeto habilitado de jefe de espectáculos imponga su criterio sobre un tema que ha desconocido hasta el momento de ocupar ese puesto. Mientras las altas autoridades no comprendan que el teatro y el cine deben estar en manos de personas que tengan una trayectoria anterior importante dentro de esas ramas, y pongan a cualquiera sólo porque no hay otro sitio a dónde mandarlo, los que nos dedicamos con amor y verdadera vocación a ellas, debemos protestar y oponernos sistemáticamente a cuanta decisión arbitraria tomen esos señores. Por tanto, la Compañía Nacional de Teatro no puede estar bajo la férula de quien nada sabe de esos asuntos y debe pugnar por su autonomía. De otra suerte, se corre el riesgo de tener que mutilar las obras o de caer en espectáculos demagógicos que tampoco interesan al pueblo, como la tristemente célebre Hora Nacional por la radio.

Pero todo cuanto he dicho aquí no deja de ser más que ilusiones. Hemos pesado el pro y el contra de todo y lo único que necesitamos es que la Compañía Nacional de Teatro exista. Nada menos. Pero deseamos, pedimos, exigimos, que el sueño de todos nosotros y de nuestros padres y abuelos que han luchado por lo mismo, se convierta en realidad. Ya puestos en este camino, también podemos soñar que se nos va a hacer caso.

28 de marzo, 4, 11 y 18 de abril de 1971

#### EL JUEGO DENTRO DEL JUEGO

La cuarta obra teatral de Vicente Leñero, *La carpa*, ha venido a cimentar por siempre la categoría de este joven escritor mexicano como uno de los mejores dramaturgos que ha dado nuestro país. Junto con Rodolfo Usigli, con Emilio Carballido y con Sergio Magaña, Leñero pasa a ocupar el sitio que ha sabido ganarse con su talento. Como novelista había triunfado, luego como